

María Zambrano

La España de Galdós

Introducción de José Luis Mora García



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo D.^a María Luisa Mailard García en el Vol. III de las OO.CC. de María Zambrano, 2011.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Fundación María Zambrano, 2011
© de la introducción: José Luis Mora García, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-760-4
Depósito legal: M. 36.049-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción, por José Luis Mora García
	La España de Galdós
25	Breve noticia de esta entrega
29	Advertencia
35	I. La España de Galdós
109	II. <i>Misericordia</i>
141	III. Tristana – El amor
171	IV. Galdós en Madrid

Advertencia

Los dos ensayos que integran el presente volumen han sido escritos a más de veinte años de distancia. El más antiguo publicado en su día es el titulado *Misericordia*, que va en segundo lugar. El primero, «La España de Galdós», es igualmente una meditación sobre la misma novela galdosiana. No es, sin embargo, una ampliación del más antiguo, ni su desarrollo: espeja de otro modo la viviente «realidad» que la novela *Misericordia* ofrece y que es vista aquí con mayor precisión como el centro de la plural, y aún laberíntica obra de su autor.

Y el que se manifieste *Misericordia* como el centro de la obra galdosiana es lo que permite que sea titulado este ensayo o meditación «La España de Galdós». Pues, al ser el centro, revela, puede seguir revelando ilimitadamente, la totalidad de esa obra que a él viene referida, que de él recibe su unidad. Esa unidad que todo lo que de algún modo es real, presupone, porque la requiere, la exige y aun va en su busca. Unidad no abstracta, ni me-

nos aún concreta –de conglomeración o agregado–, ya que de seres vivientes y humanos se trata, de tantas entrecruzadas historias y de tanta historia; de tanta personal y verídica historia, sumergidas todas en esa especie de océano que es la historia nacional, de cuya resaca parecen venir a depositarse en ese lugar de salvación de la novela galdosiana. Pues en esto aparece la condición de verdadero autor de Galdós: en que acoge y rescata a sus criaturas –nos referimos, ante, todo, a las novelescas–, sacándolas de las aguas amenazadoras donde se hunden las criaturas por nadie miradas; dándoles un nombre, y hasta un «ser», al poner en claro –en limpio– su historia.

Y así entre estas anónimas criaturas, salen algunas que trascienden la historia; esa historia que a todos envuelve: la de España, presentando así el suceso de salvarse de ella. Mas, claro está, que no sólo en España la humana criatura necesita ser salvada de la historia, que ello es exigencia de la persona en cualquier historia que se encuentre envuelta. Salvarse, sí, trascenderla, lo que no quiere decir desconocerla, ni negarla, ni abandonarla, que la completa salvación sería salvarse, salvándola.

Y aun de ese laberinto de las historias que Galdós nos transcribe más que nos cuenta, aparecen criaturas que trascienden, no sólo esa historia común en la que van envueltas sino, lo que resulta aún más revelador, la verdad última de la persona humana: aparecen trascendiendo su propia y «personal» historia, dejándola como borrada, más allá de la memoria y del olvido.

Criaturas así, tan novelescas de otra parte, trascienden, como le pasa a Don Quijote, la ambigüedad del personaje, su congénita «novelería».

Pero, la historia toda, ¿no es acaso también novela, sumergiéndose a veces en la «novelería» casi por completo? ¿No lo es acaso la vida, la de cada uno, como decía Ortega? Mas, si ello es así, ¿no será la acción humana entre todas, la acción moral y aun algo más que moral, deshacer esta congénita novelería de la condición humana? ¿No será ello la función constante de eso que nombramos el centro de la persona?

Mas, por lo mismo, porque de personas se trata, de humanas personas, la historia y la vida son también tragedia. Novela y tragedia se nos aparecen como los dos polos de la humana condición y aun de la vida toda que conocemos, aunque esto habría que explicarlo. Y como ello no es ahora posible, baste por el momento decir que así se aparece mirado desde la persona humana, y que un mismo libro, que ni siquiera ha sido señalado como el más importante de su autor, esta blanca novela *Misericordia*, ofrezca la posibilidad de considerar estos dos polos de la historia y de la vida, el trágico y el novelesco, creo que dice de su condición de centro: de centro de la novela toda galdosiana, de un modo de padecer y concebir vida e historia los españoles.

En el ensayo escrito hace más de veinte años, se espeja la condición o el aspecto trágico de vida e historia que *Misericordia* nos ofrece: la tragedia y su simple, pura, humilde solución transhistórica. Pues que no se trata de un problema, sino de un conflicto, de un trágico conflicto que no puede ser «salvado» sino por una esperanza cumplida y sobrepasada, por una vida que va más allá de la memoria y del recuerdo, naciendo una y otra vez, como Nina hacía.

Y como la solución es vida, pura vida, era inevitable que quien escribió ese primer ensayo hace tantos años, hubiera de seguir prendida de *Misericordia* y mirarla de nuevo, a la luz de ese centro, el de la persona de Nina, su protagonista. Y mirarla como una «revelación» de humana criatura que ha salido del laberinto, sin ahorrarse ninguno de los recovecos que le estaban destinados, atravesando todos los muros que la fatalidad oponía a su paso. Nina, la protagonista, que apenas lo parece, pues no ocupa lugar, apenas ofrece un rostro porque no lleva ninguna máscara. Nina, la anónima, casi nadie. Invisible casi a fuerza de tan blanca, tendiéndonos en sus manos apenas nada, un hilo, se diría: un hilo liso, como agua que ha ido sacando de la enmarañada madeja que se le dio a devanar. El hilo quizás de la quimera que se sobrepone a la vida, el hilo de la vida que prosigue, el que habría que sacar de toda historia y de toda vida, sin romperlo ni mancharlo.

Mas antes, antes de llegar a eso, Nina ha pasado su infierno, que es lo propio de la novela, o de la vida como novela. Y así sucede a veces, que por deshacer la noveleería de vida e historia, por salir de su ambigüedad, de su irrealidad –lo propio del infierno terrestre–, se vaya a dar en el otro polo, el de la tragedia. Como a la inversa: por no afrontar la tragedia, caer en el infierno de la novela, «convertirse» a la irrealidad, al semisueño, a la quimérica vida novelesca, del todo novelesca.

Infierno viene a ser la vida y la historia como novela, ofrenda a la ficción, ofrenda de toda una vida a la ficción o de toda una historia. Mientras que la tragedia puede advenir o precipitarse por ofrendarla a la verdad, sin

más. Y ha de haber algún otro camino. Otro camino dentro del cual se dibujan otros muchos; o más bien: un camino al que van a parar todos, si de verdad se intenta vivir.

Pues que de vivir se trata. La vida lo exige. No basta la vida, ella, hay que vivirla. Es lo real de la vida. Pero si sólo fuera así, novela y tragedia serían dos fatalidades ineludibles, ciegas fatalidades, si además no existiera la verdad y no en abstracto, sino la verdad de la vida: la verdad viviente. Y ella es la que permite, y exige al mismo tiempo, salvarse de tragedia y novelería, atravesar el infierno, el inmediato.

Las páginas que aquí van, siguen, o han querido seguir, el camino que *Misericordia* nos ofrece. Pero no se puede negar que ello sucede en virtud de un pensamiento más amplio o más filosóficamente fundado acerca de la «realidad de la vida» y de la «verdad de la vida y la vida de verdad», y aun de otras cosas a ellas ligadas. Producto también de un continuo meditar y rebuscar en tragedia y novela, polos de la vida humana en cuanto dada.

Pero hay algo más. Existe algo más que ha permitido inclusive al ser humano que le sean visibles la condición trágica y la condición novelesca de su vida, de su propia vida, lo que hace que la vida humana sea trascendente de por sí. Mas esto tampoco al hombre le basta. Porque el hombre es el ser que padece su propia trascendencia. La padece actualizándola, extrayéndola de la ambigüedad, y aun de la realidad, en un activo padecer. Lo que hace del hombre criatura de experiencia y no sólo de historia; de verdad y no sólo de realidad. Se trata de algo que el autor de estas líneas expone en otro lugar, pero que se

hace necesario enunciar aquí porque viene a ser el pensamiento guía del camino aludido, del que *Misericordia* es un claro espejo.

Todo es claro, simple, en *Misericordia* de Galdós, sin que esa claridad le haga perder misterio y ello hace que sea entre todas las obras de su autor, y quizás entre todas las que se hayan escrito, la novela de Madrid: de la claridad de su luz, de su aire, de su horizonte abierto. Pura presencia, que apenas necesita de nada, donde la belleza brota por sí misma, una belleza que no se erige ni se manifiesta aparte. Un claro misterio que vivifica. A esa luz, a ese alto cielo, a esa clara vida que hizo de ella el lugar de *Misericordia*, vayan estas páginas como humilde homenaje.

María Zambrano

Roma, 25 de enero de 1960